Entre extracto 1 y 2

Luego de caminar por muchos pueblos y grandes campos, encontróme con un campesino. El me preguntó si sabía algo de ganadería. Yo le respondí que sí, ansí que comencé a trabajar con él. Vuestra Merced me entenderá que a pesar de que no sabía nada acerca de eso, tuve que aceptar. Me estaba muriendo de hambre.

Pasé las primeras noches rezando para tener más suerte que con el ciego. Pedí por mi madre, y busqué fuerzas para este nuevo rumbo. Al parecer era una familia muy grande; él campesino tenía unos ocho hijos. Las primeras noches me trataron bien, me traían pan, no pasaba frío y lo único que hacía era cuidar y alimentar a los chanchos. Las noches fueron pasando y mis condiciones empeoraban cada vez más.

Empecé cuidando a los pequeños hijos del campesino, aunque resultóme una tarea muy difícil ya que me maltrataban y yo no conseguí ejercer autoridad alguna. No solo eso, sino que su padre solía quejarse de que no cuidaba bien a sus hijos. Esto no me preocupaba, hasta que noté que mi dosis de comida iba disminuyendo con el tiempo. Ansí que le hice notar mi enojo a mi amo. Me sigo arrepintiendo de ello; solo trajo malas consecuencias.

Los días iban pasando y notaba que ya ni siquiera me preguntaban cómo estaba, o si tenía hambre. Lloraba por volver a aquellos tiempos dónde vivía con mi madre, y un hombre solía traernos pan. Pedía a Dios que con él tiempo vaya mejorando todo, pero no fue así. Al menos pedía regresar a aquellos días dónde cuidaba a los hijos.

Yo ya econtrábame viviendo con los chanchos, a veces comía, otras no. Por lo que decidí hablarle a mi amo. Este me recibió bien, y yo le conté que venía sufriendo mucho, con la muerte de mi padre, y la sentencia de mi madre. Además, le conté mi situación con el ciego y lo que sufrí allí. Le rogué que la situación fuere distinta. Y que le pedía a Dios un poco de su amor.

La conversación venía bien, me había prometido una ración de comida por día, hasta que escuchó sobre mis creencias en Dios. No encuentro razón todavía, pero desde que escuchó eso, su amabilidad se transformó en furia. Me echó de la casa. Le pregunto a usted, vuestra merced, si entiende por qué me ha hecho semejante atrocidad.

Desde allí, no comía, trabajaba de sol a sol para conseguir una ración de comida de cerdo. Al menos me podía alimentar con algo, pero con el tiempo, aparecieron aún más cerdos, y mi alimento seguía disminuyendo. Me encontraba como el hijo pródigo; rogaba por al menos masticar un poco de su comida.

Ya muchas noches de sufrimiento y hambre después, logré establecer un contacto con un trabajador cercano y me contó que había una feria en un pueblo cercano y que me podría subir a uno de los camiones de mi amo, que se dirigía allí. Es por esto, que luego de muchas plegarias, todo resultóme bien. Logré escapar de esta familia de anti religiosos, pero el hambre y las desgracias no pasaban.